

tos, terminando los ejercicios del día con el exámen de la conciencia, el canto de las Letanias y la oracion de la noche.

Los domingos y días festivos la señora Acarie acompañaba á sus hijas á la misa de la parroquia, y por la tarde volvian á la iglesia para oír el sermón y las Vísperas; de regreso á su casa debian dar cuenta de todo lo que se habia dicho desde el púlpito, á cuyo ejercicio se consagraba ordinariamente la hora de la comida.

Cuando podia ganarse alguna indulgencia, aquella santa madre acompañaba ella misma á sus hijas hasta la iglesia indicada para procurarse beneficio tan precioso á los ojos de la fe, y en estas ocasiones, lo mismo que en la Cuaresma y fiestas solemnes, cuidaba de que sus hijas tuviesen á su disposición algun dinero para repartirlo á los pobres, siendo su mayor placer el verlas contraer la costumbre de practicar buenas obras.

Sus hijas eran aun muy jóvenes cuando se acercaron por primera vez al sacramento de la Eucaristía, mas su tierna edad no les impidió conservar los saludables frutos de la primera comunión; su madre nada omitia para que estuviesen en estado de comulgar en todas las fiestas principales del año, y con mas frecuencia aun cuando hubieron progresado en la piedad; ella misma las disponia para tan grande accion, hablándoles de su importancia con algunos días de anticipacion, y ayudándolas á practicar los actos convenientes.

Por bien educados que estén los niños, pueden recibir en un instante las mas funestas impresiones; así es que la señora Acarie velaba atentamente para que no se acercasen á los suyos sino personas cuya virtud y prudencia le fuesen bien conocidas; guiada por el mismo principio, deseaba hallar en los maestros que debia dar á sus hijos la vigilancia y la firmeza unidas á la piedad y á la ciencia; y á los que se admiraban de que hubiese preferido Mr. Blanzi, al cual apenas conocia, á Mr. Calvy, á quien profesaba particular estimacion, decia: «Mr. Calvy es dulce é indulgente; Mr. Blanzi es severo, y no deja sin correctivo la menor falta de sus alumnos, y esto es lo que deseo para mis hijos.» Por lo demás, no se crea que tratase con dureza á sus hijos, pues su hija mayor nos dice: «Tratábanos con gran dulzura, pero unia á ésta tan majestuosa é imponente gravedad, que nos era imposible resistirnos á «sus deseos.»

Cuerdamente severa para con sus hijos cuando cometian alguna

falta, prodigábalas mil caricias cuando se hallaba contenta de ellos, en cuyas ocasiones era tan vivo el placer que experimentaba, que su corazón parecia dilatarse: prometiales darles cuanto le pidiesen, y con tal de que sus demandas fuesen razonables, cumplia fielmente su promesa. En sus enfermedades cuidábales ella misma, pasaba noches enteras á la cabecera de su cama, y les prodigaba cuantos servicios necesitaban. La caridad con que su buena madre les servia les alentaba para sufrir con paciencia, y accedian á todo, para evitarle fatigas con su pronta curacion; finalmente aprendian de ella á vencerse á sí mismos cuando tuviesen que prestar á los demás semejantes servicios.

Tan esmerada educacion produjo los frutos que eran de esperar; á ella debieron las tres hijas de la señora Acarie el ser admitidas en el Carmelo, donde murieron santamente, despues de haber ocupado los primeros puestos, y *si*, para servirnos de la expresion de san Francisco de Sales, *tardaron sus hijos*, y dieron en ciertos momentos inquietudes á su madre acerca de su salvacion, los honrosos cargos que desempeñaron en la Iglesia y en el Estado, y las buenas esperanzas que en ellos concibió el mismo Prelado cuando les volvió á ver en París, un año despues de la muerte de su madre, prueban que por fin se aprovecharon de la educacion que recibieran.

Volvamos á los primeros cristianos. El triunfo de la caridad cristiana y la eterna gloria de nuestros padres consiste en haber amado al prójimo, es decir, á todos los hombres como á sí mismos.

Primeramente los cristianos estaban unidos entre sí con los lazos del mas tierno amor, lo cual llenaba á los gentiles de admiracion y de envidia á un mismo tiempo. «Hablando de nosotros, decia Tertuliano, exclamais: ¡Mirad cómo se aman! lo cual os admira porque estais muy distantes de asemejaros á nosotros. Ved cómo están prontos á morir los unos por los otros, al paso que vosotros estais siempre dispuestos á mataros. Vuestros censores gritan contra el nombre de hermanos que nos damos, porque entre vosotros todo título de parentesco es únicamente el signo de un afecto simulado; nosotros somos tambien hermanos vuestros por derecho de la naturaleza, nuestra madre comun, si bien sois muy poco humanos y no muy buenos hermanos; luego, ¡con cuánta mas razon

¹ *Apol. c. 39.*

«nos mirarémos nosotros como tales, nosotros que tenemos un mismo padre que es Dios, que hemos sido iluminados por el mismo espíritu de santidad, que hemos nacido á la misma verdad, des- pues de haber salido de la misma ignorancia! Entre nosotros todo es comun; hasta los bienes que poseemos sirven para unirnos como á hermanos, lo que entre vosotros extingue casi siempre la fraternidad ¹.»

«En los nombres de caridad que están en uso entre nosotros, añádele otro Padre de la Iglesia, no debeis ver mas que la expresion de los sentimientos que nos animan; á nuestros inferiores les llamamos hijos; á nuestros iguales hermanos, y á nuestros superiores padres, llamando á las cristianas, por igual razon, hijas, hermanas ó madres, segun su edad ².»

Esta tierna caridad se manifestaba de un modo particular respecto de determinadas personas; penetrados de veneracion para con los ministros del Señor, á quienes debian la vida del alma, nuestros padres se apresuraban á proveer todas nuestras necesidades, persuadidos de que los eclesiásticos, que se consagran enteramente á la salvacion de sus hermanos, no podian ocuparse en adquirir su propio sustento. Las oblaciones de los fieles les proporcionaban lo necesario; el alimento y el vestido ³.

Sin embargo, su caridad desplegaba todos sus recursos y todo su generoso valor respecto de los confesores encarcelados por la fe; apenas sabian que habia sido preso uno de sus hermanos, cuando todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, acudian á la cárcel; y despues de haber comprado del carcelero el permiso de entrar, recomendábanse á las oraciones del futuro mártir, besaban sus cadenas, servíanle, y acudian á todas sus necesidades ⁴. Si las limosnas de la iglesia de que el preso era miembro no bastaban, el obispo y los presbíteros escribian á las demás iglesias, y éstas se apresuraban á enviar las suyas; pues todas tenian un fondo reservado para este uso ⁵.

«Cada uno de nosotros, dice Tertuliano, apronta todos los meses

¹ Lucian. *Dial. Peregr.* pág. 337.

² Athenag. *Legat.* pág. 330.

³ Mamachi, t. III, pág. 36.

⁴ Lucian. *Peregr.* n. 12, pág. 334.

⁵ Lucian. *Peregr.* n. 3; Eusebio, lib. IV, c. 23.

«su módico tributo, cuándo y cómo quiere, en razon á sus facultades; pues á nadie se obliga, todo es voluntario, y aquello forma como un depósito de piedad que no se consume en banquetes ni en estériles disipaciones, sino que se emplea en alimentar á los pobres, en darles sepultura, en el sustento de los infelices huérfanos, de los criados extenuados por la edad, y de los naufragos; en alivio de los condenados á las minas, de los desterrados léjos de su patria, ó de los detenidos en las cárceles por la causa de Dios ¹.»

La solicitud de nuestros padres en visitar á los confesores de la fe era tal, que muchas veces los obispos se creian obligados á moderarla, temiendo excitar mas aun el odio de los perseguidores ².

Donde habia una miseria que aliviar, allí volaba la caridad de los primeros cristianos con las manos llenas de limosnas y con el corazón abundante en consoladoras palabras. Del calabozo del preso trasladábanse á la cabaña del pobre y á la cabecera del enfermo, y si una iglesia particular carecia de los recursos necesarios para alimentar á sus pobres, acudia á sus hermanas, las demás iglesias, y no tardaba en ver llegar gran número de diáconos cargados de ofrendas y de epístolas fraternales: otras veces las grandes iglesias llamaban á todos los pobres para subvenir directamente y para siempre á todas sus necesidades ³.

Dificil es formarse una idea del respeto, de las consideraciones y de los tiernos cuidados de que eran objeto aquellos afligidos miembros del Salvador, y no contentos con aliviar sus dolores, nuestros padres se esforzaban en consolarles y en sostener su paciencia y valor. Lo contagioso del mal no era bastante para alejarles, y ¡cosa admirable! prodigaban iguales cuidados á sus perseguidores. En una peste que desoló el Egipto, vióse á los cristianos recoger en las calles á los gentiles enfermos, abandonados por los suyos, cuidarles, llevarles á sus propias casas, y prestarles iguales servicios que á sus hermanos ⁴.

Tenian igualmente gran cuidado de los niños; primeramente de los huérfanos, hijos de cristianos y sobre todo de mártires; luego de las criaturas expuestas y de cuantas podian ser los maestros, á fin

¹ Tertul. *Apol.* c. 39.

² S. Cypr. *Epist.* X et XII.

³ S. Cypr. *Epist. ad Eucrat.*

⁴ Eusebio, lib. VII, c. 22.

de educarlos en la verdadera Religión. La Iglesia romana se distinguió entre todas por su caridad para con los pobres de todas clases, tanto que en tiempo del papa san Cornelio, por los años 250, mantenía á mas de mil quinientos, y desde su fundacion, y mientras duraron las persecuciones, envió siempre grandes sumas á las iglesias pobres de las provincias y á los confesores condenados á las minas.

Los diáconos cuidaban de todos esos tesoros vivos de la Esposa de Jesucristo; y era de su incumbencia recibir las ofrendas que se hacian para las comunes necesidades de la Iglesia, reservarlas y guardarlas seguramente, y distribuir las á tenor de las órdenes del obispo, quien disponia de ellas en virtud de la relacion que los mismos le hacian de las necesidades particulares. Era tambien de su deber informarse de estas necesidades, y tener una lista exacta de los pobres á quienes la Iglesia socorria ¹, de modo que la vida de los diáconos era muy activa, viéndose obligados á andar siempre por la ciudad, y á veces á emprender viajes fuera de la misma. Por esto es que no llevaban capa, ni vestidos largos como los presbíteros, sino únicamente túnica y dalmática á fin de estar siempre dispuestos á la accion y al movimiento ².

Lo que mas admiraba á los gentiles no era ver que los cristianos de la misma iglesia y del mismo país se profesaban tan tierno amor, pero sí el que un cristiano extranjero, desconocido, fuese acogido, alojado, mantenido, socorrido, y colmado de pruebas de afecto por hombres que jamás le habian visto y que en breve no le volverian á ver mas; impulsados por su odio decian falsamente que los cristianos formaban una secta oculta, cuyos miembros tenian ciertos signos para reconocerse, cuya calumnia refuta de este modo Minucio Felix: «Lo que nos da á reconocer entre nosotros mismos no es, como pretendéis, señal alguna exterior, sino la inocencia y la modestia; sin embargo de lo que decís á pesar vuestro, nos amamos mutuamente, porque no sabemos aborrecer; y nos llamamos hermanos, porque somos los hijos de un mismo Padre, Criador de todos los hombres, y porque tenemos una misma fe y una misma esperanza para el porvenir ³.»

¹ *Const. apost.* lib. III, c. 19.

² *Ibid.* lib. II, c. 57.

³ *Oct.* pág. 312.

Con tal de que un extranjero manifestase que profesaba la fe ortodoxa, y que se hallaba en la comunión de la Iglesia, era recibido con los brazos abiertos; quien hubiese deseado negarle un asilo, hubiera temido rechazar al mismo Jesucristo. Sin embargo era preciso que el forastero se diese á conocer ¹, y para ello los cristianos que viajaban llevaban siempre cartas de su obispo ². El primer acto de hospitalidad era lavar los piés á los huéspedes, operacion que era necesaria, atendido el modo como calzaban los antiguos; si el huésped estaba en la plena comunión de la Iglesia, oraban con él, y le deferian todos los honores de la casa; él era el que decia las oraciones, el que tenia el primer puesto en la mesa, el que instruía la familia; todos eran felices poseyéndole, y reputábase mas santa la comida en que tomaba parte. Los eclesiásticos eran honrados en proporcion de su clase, y si un obispo viajaba era invitado por todas partes á officiar y á predicar á fin de mostrar la unidad del sacerdocio y de la Iglesia ³.

Peró lo admirable es, que nuestros padres ejercian la hospitalidad aun con los infieles, ejecutando tambien con extrema caridad las órdenes del príncipe que les obligaban á hospedar á los soldados, á los empleados y demás que viajaban en servicio del Estado. San Pacomio, que se habia alistado muy jóven en las tropas romanas, fué embarcado con su compañía, quedando admirado cuando al llegar á una ciudad vió que los habitantes les recibian con tanto amor como si fuesen antiguos amigos; esto le movió á preguntar quiénes eran, y le contestaron que profesaban una religion particular y que se les conocia con el nombre de cristianos: entonces se informó de sus dogmas y doctrinas, y de aquí data el principio de su conversion ⁴.

Los esclavos abandonados por sus dueños porque eran viejos ó achacosos, los desterrados, los infelices de toda clase, rechazados por la sociedad pagana, estaban seguros de hallar un generoso asilo en el seno de la nueva sociedad; para subvenir á todas estas necesidades, nuestros padres no se contentaban con dar sus bienes y

¹ Baron. ad ann. 113, n. 7.

² Tertul. *Præscrip.* c. 20, y Mamachi, t. III, pág. 48.

³ *Const. apost.* lib. II, c. 58.

⁴ *Vida de San Pacomio*, t. IV. Véase á Fleuri, *Costumbres de los cristianos*, pág. 260.

con hacerse pobres para asistir á los pobres; llegaban á venderse á sí mismos. No son raros los ejemplos de tan heróica caridad, como nos lo manifiesta el papa san Clemente en su epístola á los fieles de Corinto ¹; mas uno solo bastará para dar á conocer el espíritu que á nuestros padres animaba.

Uno de ellos, llamados Serapio, encontró á un cómico gentil, cuya desgraciada suerte le conmovió de tal modo, que á fin de procurar su conversion, se vendió á él en calidad de esclavo, por la suma de veinte monedas de plata; su exactitud en el cumplimiento de sus deberes no le impedía dedicarse á la oracion y á la meditacion; todo su alimento consistía en pan y agua, hasta que por fin sus exhortaciones y ejemplo produjeron el deseado efecto: el cómico se convirtió con toda su familia, renunció al teatro, y dió la libertad á Serapio, el cual no gozó de ella mucho tiempo.

No tardó en venderse por segunda vez, á fin de poder aliviar á una afligida viuda, quedando su nuevo dueño tan satisfecho de sus servicios, que le emancipó, y regalóle un manto, una túnica y un libro de los Evangelios; mas apenas hubo Serapio emprendido su marcha, cuando encontró á un pobre á quien dió su manto; á alguna distancia dió la túnica á otro pobre transido de frio, no quedándole por todo vestido sino un sencillo lienzo. Algunos le preguntaron qué habia hecho de sus vestidos, á lo que contestó el Santo, mostrando el libro de los Evangelios: «Este me ha despojado de «ellos.» Tampoco tuvo por mucho tiempo el libro en su posesion, pues lo vendió para asistir á una persona reducida á la última miseria; y al preguntarle qué habia hecho de él, contestaba: «¿Lo «creeríais? imaginábame oír continuamente el Evangelio que me decía: *Vé, vende cuanto poseas, y dalo á los pobres*; así es que he «vendido mi libro, repartiendo su precio entre los miembros de Je- «sueristo que veia necesitados.»

Serapio, que no poseia mas que su persona, traficó con ella varias veces, si es lícito expresarse así, á fin de procurar al prójimo auxilios espirituales y temporales; entre los que le compraron figura un maniqueo, á quien tuvo la dicha de volver al seno de la verdadera Iglesia, junto con toda su familia ².

Si era tanta la solicitud de nuestros padres en aliviar las necesida-

¹ Epist. I, n. 4, pág. 36.

² Véase á Godescard, 21 de marzo.

des corporales del prójimo, ¿cómo dudar de su celo para el consuelo y curacion de las almas? Difuso por demás seria referir cuanto obraban para obtener la conversion de los pecadores, de los herejes y aun de sus mas crueles enemigos, por quienes ofrecian sus lágrimas, sus ayunos y sus oraciones ¹. Oigamos á Tertuliano: «Para la salvacion de los Emperadores (cuyos emperadores eran los «Nerones, los Domicianos, los Decios y los Dioclecianos) invocamos «al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo; pedimos para ellos «larga vida, un pacifico imperio, una paz inalterable, ejércitos va- «lerosos, un senado fiel, súbditos sumisos, una tranquilidad univer- «sal, y cuanto el hombre y el emperador desean ².»

Soldados fieles y pacíficos y buenos ciudadanos, nuestros padres cumplian exactamente con todos los deberes de la sociedad humana. «Pagamos puntualmente y sin fraude, continúa Tertuliano, to- «das las contribuciones públicas; los impuestos se recaudan mejor «desde que hay cristianos en el mundo, porque los cristianos cum- «plen el deber de satisfacerlos por principio de conciencia y de pie- «dad ³.»

La caridad de nuestros padres, que se extendía á todos los vivientes, no olvidaba á los difuntos: para dar mayor testimonio de su fe en la resurreccion, cuidaban mucho de las sepulturas, en las que gastaban mucho dinero, atendiendo á su modo de vivir. Despues de lavar los cadáveres, los embalsamaban: «Empleamos en ellos mas «aromas, decía Tertuliano, que los que vosotros, gentiles, perdeis «incensando á vuestros dioses ⁴.» Envolvíanlos luego en finísimos lienzos ó en mantos de seda, y algunas veces cubrianlos con preciosos vestidos, y despues de dejarlos expuestos por tres dias, durante los cuales velaban cerca de ellos orando ⁵, llevábanlos al sepulcro, acompañando el cuerpo con gran cantidad de cirios y antorchas, doble simbolo de la caridad del difunto y de la resurreccion futura, y cantando salmos é himnos, en que respiraba la dulce esperanza ⁶. Sepultado el cadáver, oraban por su alma; ofrecian el santo sacrificio, y asistian al festin llamado *agape*, hacian varias li-

¹ Mamachi, *De' Costumi*, t. III, pág. 61-66.

² *Apol.* c. 30.

³ *Ibid.* c. 42.

⁴ *Apol.* c. 42.

⁵ Baron. ad ann. 34, n. 310.

⁶ *Gonst. Apost.* c. 6; Prud. Hymn. exeq.

mosnas, y renovábase la *memoria* del difunto el día primero de cada año, además de la conmemoracion que de él se hacia todos los días en el santo sacrificio ¹.

Así para honrar á los muertos, como para conservar el recuerdo de su vida, ponian comunmente en su tumba diferentes objetos, como las insignias de su dignidad, los instrumentos de su martirio, botellitas ó esponjas llenas de su sangre, las actas de su martirio, su nombre, medallas, hojas de laurel ó de algun otro árbol siempre verde, cruces, el Evangelio y tambien la santa Eucaristia. Los aromas eran en tan grande cantidad, y los sepulcros tan bien cerrados, que mas de doce siglos despues exhalaban todavía un agradable perfume ²; era costumbre colocar el cuerpo boca arriba, con el rostro vuelto al Oriente, postura que era un símbolo de esperanza y como un último grito de inmortalidad.

Oración.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber reemplazado la ley de odio, que reinaba en tiempo del Gentilismo, por la dulce ley de la caridad universal; dadnos la gracia de que imitemos los hermosos ejemplos que nos legaron nuestros padres.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, no quiero decir nunca de los demás lo que no quisiera que dijesen de mí.

¹ Tertul. *De coron. mil.* c. 3; Orig. *in Job*, homil. III; S. Cypr. epistola XLVI; Mamachi, t. III, y sig.; Fleuri, pag. 263.

² Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, y Boldetti, *Osservazioni sopra i cimiteri*, etc., lib. I, c. 29, pag. 307.

LECCION IX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION).

Roma subterránea.—Pormenores acerca de los Mártires.

Una tierna y sincera piedad, una caridad universal, una santidad perfecta formaron, con algunas excepciones, el carácter de los primeros cristianos. «No pretendemos negar, decia Tertuliano, que haya entre nosotros *algunos* hombres entregados á sus pasiones; mas para probar la divinidad de la religion cristiana, basta que sean en *corto número*. Es imposible que en un cuerpo, por perfecto que le supongamos, no se encuentre algun defecto; pero mucho bien al lado de un poco de mal hace brillar la perfeccion de una sociedad ¹».

Tantas virtudes admiraban á los gentiles, y quizás nosotros mismos nos inclinamos á creer que los ejemplos de nuestros padres no pueden ser imitados por nosotros; es cierto, sin embargo, que como ellos somos nosotros llamados á la santidad por el mero hecho de nuestra vocacion al Cristianismo, que Dios no nos niega ninguno de los medios necesarios para ser santos, y finalmente, que adoptando las costumbres y precauciones de que nuestros padres se valian, nos es dable imitar sus virtudes. Lo que somos nosotros fueron ellos; ¿por qué no podemos, pues, llegar á donde ellos llegaron?

Hemos visto que pasaban sus dias en la oracion, en el trabajo y en la práctica de obras de caridad; ¿quién nos impide seguir su ejemplo? Conociendo la debilidad y corrupcion de la naturaleza, desconfiaban de sí mismos y evitaban con gran cuidado todas las ocasiones de pecar; una vez convertidos del Gentilismo al Cristianismo, rechazaban todo contacto impuro con la antigua sociedad, y no solo no huian de sus libros, de sus cantos profanos, de sus tem-

¹ Tertul. *ad Nat.* lib. I, c. 5, pag. 43. Véase tambien á Mamachi, pref., pag. 17-31.